

MARIO CAMPAÑA, *Aires de Ellicott city*, Candaya, Barcelona, 2006

Eduardo Farfán Poveda

Aires de Ellicott city es un extenso poema dividido en tres cantos, en los cuales un hablante lírico oculto y distante, que maneja el misterio y la lucidez con ambas manos, nos sitúa en un extenso viaje alrededor de una ciudad que nunca se nos termina de dibujar, de echar raíces en un vuelo que nos invita a desprendernos de todo en lo que se pueda aterrizar. Aquí suele pasearse el rizoma en todo esplendor; además da factura a un estilo de poesía clave en Hispanoamérica que baraja tradiciones diversas.

Mario Campaña (Guayaquil, 1959), poeta, antólogo, traductor, biógrafo y crítico con una extensa trayectoria literaria, reside en Barcelona desde 1992. Había publicado anteriormente dos libros de poesía en Ecuador. De las antologías que ha elaborado destacan *Visiones de lo real en la poesía hispanoamericana* (DVD, 2001) y *En el sueño de Chagall faltan palabras. Antología de poetas hispanoamericanas contemporáneas* (Bruguera, 2007). De las biografías literarias, *Francisco de Quevedo, el hechizo del mundo* (Omega, 2003) y *Baudelaire. Juego sin triunfos* (Random House Mondadori, 2006). Por otra parte, ha traducido *Una Tumba para Anatole*, de Stéphane Mallarmé. Actualmente es director de la revista literaria *Guaragua*.

Este poemario viene acompañado de un CD con una vasta selección de poemas leídos por el autor y una serie de fotografías de esculturas de Martine Laurel. En el prólogo, el destacado poeta peruano Carlos Germán Belli redondea la idea de que este libro hablará del viaje como una peregrinación más bien psíquica que existencial, donde se dará cabida al más inusitado de los periplos. El libro comienza con una cita del poeta chileno Pedro Lastra: «días que vinieron del mar y regresaron». Es un viaje de ida y vuelta en donde el hablante abraza con una mano y rechaza con la otra, involucrando al lector desde el primer comienzo. Ya en las dos primeras partes del poemario sabemos que ese viaje será fantasmagórico e irreal, a un lugar bastante real si logramos conciliar el gusto por lo desconocido y lo fascinante. Celebra el regreso y se siente la presencia de la muerte que viene olfateando al poeta como un perro. Para nacer de nuevo tenemos que morir. Por suerte, al menos tenemos que ella nos tratará por igual. El poeta sabe hacerse acompañar y buscar sombra en la poderosa virtud: «el único argumento es la paciencia/ con su hervor irreversible/ la única fidelidad la paciencia/ La esperanza la paciencia, su sosegada/ sed que lame y sedimenta.»

En la travesía del poeta reina el misterio, el cual se profundiza con el hábito simbolista de los versos, que siempre son relampagueantes y presentan ese camino en donde la vida, el abismo, la imagen de Dios, la madre, el alma, quizás hasta Queve-

dos»), son los fragmentos de un sueño que contiene su propio viaje, circular, presentando el mito del eterno retorno, al que nosotros junto al poeta podríamos orbitar sin perder de vista la orilla de cualesquiera de los mares, ya sea el del sur o el mediterráneo mar onírico o mar de tiempo. El paisaje de la ciudad real, atractiva y turística junto a la ciudad ficticia, celeste e infinta, se presentan de manera esquivada. Es bueno recurrir a las piezas de Martine Laurel para buscar las pistas necesarias, el libro está atravesado de acertijos y de versos que poseen la fuerza inconciente, que sobrepasan todos los límites y las curvas del círculo perfecto. Perdido con gusto, el lector decide en el cruce de caminos cómo seguir con la voraz fantasía del poeta.

Amalgamando la dicción simbolista con americanismos, *Aires de Ellicott city* propone una novedad y prolonga el camino de una tradición hispanoamericana que comparte con los mismos Germán Belli y Lastra. Melódico, condensando pluralidad de oralidades y destinos, el poemario se transforma en un examen de conciencia. Logra sacudir el espíritu de lo que podría frenar el vuelo y eterno retorno y traspasar el verso, hacerlo como una navaja, fino y mortal: «Si digo la verdad ya se transforma/ en una maldición, una mentira».

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS, *Eros es más*, Madrid, Visor, 2007

Marta Martínez Ruber

Con *Eros es más*, Juan Antonio González-Iglesias continúa la excelente trayectoria iniciada con *La hermosura del héroe* (1994). Al igual que en sus libros anteriores, sigue cultivando una poesía en la que el estilo equilibrado y sobrio de versos pulidos, cincelados y tersos donde cada palabra cuenta, se amalgama con el lenguaje poético, los temas y los espacios de la posmodernidad en un ejercicio en el que los contrarios, tanto temáticos como de estilo (la consistencia y la fluidez del verso, la vitalidad y la contemplación, lo abstracto y lo concreto, lo divino y lo mundano, el paganismo y la tradición cristiana, el ascetismo y la sensualidad...) coexisten sin tensión o quizá en una tensión tan equilibrada, que parece ausente.

La palabra desnuda, materia fiel de sus poemas, se pone también en este libro al servicio de la sensualidad, la vitalidad y el goce de la vida; pero sobre todo y ante todo, del tiempo y sus consecuencias, y de la verdad. Manifestado todo esto en el cuerpo del enamorado, portal de lo eterno, lo sagrado, lo perfecto.

Eros es más. No me cabe ninguna duda. Más que logos, por supuesto, y más que thanatos. Pero también más que «el amor, el sexo y el deseo», como el mismo González-Iglesias afirma en el prólogo al libro. Eros siempre por encima, planeando.